

POR QUE «ESPRIT» EN 1982. POR QUE EL INSTITUTO MOUNIER HOY

Antonio Ruiz

1. Una época y unos hombres

Mounier nace en 1905, el mismo año que Sartre, Raymond Aron y Paul Nizan. La suya va a ser una generación huérfana por la mortandad de la guerra del 14. Sartre, que perdió a su padre muy pronto, comentará con cinismo que eso resultó para él una feliz ausencia del «super-yo».

La orfandad de esta generación no fue sólo familiar. Sobre todo, fueron y se sintieron huérfanos en el plano espiritual. Cuando acaba la I Guerra Mundial, Francia está en manos de viejos, los abuelos de los muchachos nacidos a principios de siglo. Es normal que la generación de «Esprit» deteste con todas sus fuerzas a la ola de políticos, banqueros e intelectuales que se hacen dueños de la vida francesa.

Tener veinte años en 1925 no les entusiasmaba demasiado a aquella generación. Nizan, coetáneo de Mounier, dirá: «Yo tenía veinte años. No dejaré a nadie decir que es ésa la edad más hermosa de la vida.» Aquellos años son los de una crisis generalizada. En el plano económico, bajo una aparente recuperación, se avecina el *crack* de 1929. En el plano moral, la corrupción de financieros y políticos es asunto corriente. En el plano de la cultura, los intelectuales franceses, que escriben en la gran revista del momento, la «Nouvelle Revue Française», están aprisionados por un esteticismo despreocupado del mundo real. En un libro célebre de Julien Benda, titulado «La traición de los escritores», se afirma que todo pensamiento que no se mueva en el universo de los grandes principios es una *traición*.

La generación de Mounier olfatea la crisis de aquel mundo burgués y podría. Por eso, cuando llega el *crack* de 1929 se sentirá reafirmada en sus intuiciones. Tienen claro que no se trata de una crisis más, sino de la crisis definitiva de la sociedad burguesa. Cuando el fascismo se instala en Alemania, estos jóvenes piensan que se repite de nuevo la escena de la civilización romana, podrida des-

de dentro e invadida por los bárbaros. Los nazis son los nuevos bárbaros, pero la invasión está merecida por la debilidad interna de los hombres civilizados.

Ante este panorama verdaderamente febril, la generación de Mounier carecía de voz. Los tiempos que corren imponen con urgencia, en primer lugar, discernir, atisbar por dónde van las cosas. Y después, poner la inteligencia al servicio de las causas del hombre. No vale refugiarse en el mundo de la belleza fría o de las verdades «a priori». «El kantismo tiene las manos limpias —dirá Péguy—, pero el kantismo no tiene manos.»

Es lógico que esta generación vuelva sus ojos hacia hombres que hayan sabido unir «la pluma a la espada», es decir, a intelectuales que hayan sido «traidores» a la asepsia de las ideas inmutables e impersonales. Péguy, el poeta comprometido con causas tan cuestionables a los ojos de los intelectuales «puros» como el asunto Dreyfus, la República, el socialismo o el evangelio, va a ocupar un lugar preeminente en la admiración de estos jóvenes. No era cuestión de discutir la existencia de distintas místicas, como los ideales republicanos, los de la clase obrera o el espíritu del evangelio. La cuestión estaba en que esas místicas habían degenerado en política:

«Y usted, señor, que me pide que sería necesario definir un poco por vía demostrativa, por vía de razonamiento de razón racionante, qué es mística y qué es política, *quid sit mysticum et quid politicum*, la mística republicana, eso era cuando se moría por la República; la política republicana, ahora es cuando se vive de ella. Ya me comprende» [Ch. Péguy, *Notre jeunesse*, IV, 250 (II, 650)].

Es en estas coordenadas donde hay que situar el nacimiento de la revista «Esprit».

¿Quiénes son sus principales impulsores?

No nos vamos a detener en Mounier, verdadero cerebro de «Esprit». Su perfil humano y su aportación a la revista irán apareciendo a lo largo de esta intervención. Nos vamos a centrar en Andrés Déléage y Jorge Izard.

Andrés Déléage es un poeta, militante revolucionario, historiador erudito, de carácter inflexible. Bibliotecario y finalmente catedrático de Historia en la Facultad de Letras de Nancy. Su padre, director de una escuela laica, le había obligado a abandonar la Iglesia después de su Primera Comunión. Se convirtió de adulto al catolicismo. Es un curioso bibliotecario al que a veces se le ve manchado de sangre en la comisaría de policía por sus enfrentamientos a palo limpio con los «camelots du roi», una organización monárquica ultraderechista. Dotado de un valor extraordinario, participará en la Resistencia y morirá como un héroe en el frente en 1944.

Su carácter inflexible le lleva a enfrentarse frecuentemente a Mounier. Discutidor violento e incansable, es el activista nato. El contrapunto de Mounier.

Jorge Izard es abogado. Llega a la política de manera brillante al ser elegido diputado en 1936 por una agrupación de izquierdas (el Front Commun, que dirigía Bergéry). Más adelante será miembro del Partido Socialista. Se convierte al protestantismo y después al catolicismo por influencia de Déléage. Hecho prisionero en la guerra, es liberado y trabaja en la Resistencia. Terminará su vida

como un abogado de gran fama y como miembro de la Academia Francesa, casado con la hermana del cardenal Daniélou.

Izard es el hombre del consenso, el amortiguador entre dos absolutos como son Mounier y Déléage. Izard es hombre de acción, como Déléage —ambos trabajan en la Troisième Force—, pero con más sentido político, y también con más ambición personal.

2. El nacimiento de una revista

La revista «Esprit» fue fruto de la tenacidad y del trabajo ilusionado. Cuando deciden sacarla, quieren que sea una revista seria y de calidad. Por supuesto, independiente económicamente de cualquier grupo o institución. La financiación va a resultar ciertamente agobiante. Para salir a la calle necesitan medio millón de francos. En aquel entonces, un catedrático de instituto gana de 26.000 a 60.000 francos anuales. Mounier y sus amigos realizan una campaña para obtener suscripciones. Mounier va a poner en juego todas sus relaciones. En los medios católicos sobre todo: curas, monjas, algún obispo... Recibe muchas palmaditas en la espalda y sonrisas de simpatía. Pero en la mayoría de los casos, ni un céntimo. En cambio, va a ser decisiva, en los momentos iniciales, la ayuda de Maritain y de las Davidées, una asociación de maestras católicas en escuelas laicas. Maritain era un hombre muy introducido en el mundo cultural y editorial. El 8 de diciembre de 1931, Mounier escribe en su diario, con cierta soberbia: «No retrocederemos por culpa del dinero.»

En marzo de 1932, un año después de haberse puesto en marcha la campaña para sacar «Esprit», cunde el desánimo: la crisis económica es demasiado fuerte para que la gente apoye una revista. Mounier piensa incluso en abandonar la empresa. De los 500.000 francos necesarios, ihan conseguido 34.000! Parece un proyecto imposible, una quimera juvenil condenada al fracaso. Pero la dificultad actúa como un aguijón en Mounier. Cada semana viaja a París y se reúne con Déléage, Izard y Galey, entre otros, para dilucidar cuestiones prácticas y perfilar las opciones ideológicas de la revista. El resto del tiempo lo pasa corriendo, haciendo visitas y gestiones, escribiendo cartas, llamando por teléfono, dando conferencias. A Izard le cuenta que «cada día intenta una nueva fuente de propaganda».

La respuesta de la gente es muy tibia. El bolsillo se resiente por la crisis económica. Pero no reside ahí la mayor dificultad, sino en el hecho de que «Esprit» es una revista extraña. El anunciar en un prospecto de propaganda que la revista se propone una «revolución permanente contra las tiranías de esta época» hace sospechosos a sus fundadores.

3. Definición del enemigo

¿Cuáles son estas tiranías? En primer lugar, la *cultura burguesa*. Mounier y «Esprit» no denuncian sólo el fallo técnico de un sistema. Apuntan al corazón mismo de ese sistema. Y el corazón de la cultura burguesa es la civilización del confort y del bienestar. La revolución personalista no será la revolución del bienestar, sino la revolución por el hombre, la revolución por situar al hombre ante

las cuestiones candentes de su identidad, su vocación y su compromiso con los demás.

El burgués es el hombre que ha perdido la noción de *ser*. A fuerza de manejarse con el dinero y de tener todas sus facilidades, piensa que todo lo puede intercambiar. Puede cambiar dinero por bienes, dinero por títulos nobiliarios, dinero por placer, dinero por distinción. El *tener* ocupa el primer lugar en sus categorías. La fecundidad automática del dinero ha hecho que se atrofie su capacidad de lucha, de esfuerzo, de angustia.

El burgués ha perdido el sentido del *amor*. Compra y vende con la fuerza de sus dinero ratos de cama o «amores honestos» en los que la mujer es un adorno más de su prestigio de macho ante su círculo social. Pero el burgués ignora lo que significa la comunión con quien se ama, el olvido de sí para entregarse al otro.

El burgués, finalmente, ha pervertido el sentido de la *libertad*. Libertad, para él, es tener disponible un capital que puede ser invertido en esta o aquella operación financiera. Si invierte es para obtener nuevas y mayores ganancias que de nuevo le provean de capital disponible. Este modelo económico es el que se traspaasa al campo humano. La libertad, el burgués la entiende como *indiferencia*, como una libertad eternamente en suspenso, una libertad que no aterriza nunca, como un capital avaramente retenido que sólo arriesga para ganar más. Es la libertad crispada sobre la reivindicación, que ignora lo gratuito, la contemplación, el don y la generosidad. «Sólo se posee aquello que se da —dirá Mounier—. Más aún, sólo se posee aquello a lo que uno se da.»

En segundo lugar, el *capitalismo*. Este es el enemigo a batir, porque ha puesto, en la casa de la economía, las paredes sobre el tejado y los cimientos sobre las paredes. El motor del capitalismo es el beneficio económico. Es la búsqueda del beneficio la que dirige y organiza la producción, no el abastecer unas necesidades de consumo. A su vez, es la producción la que dirige el consumo. No se produce lo que se debe consumir, sino que se incita a consumir lo que se produce. Y finalmente, el consumo no se orienta a las necesidades humanas comunitariamente, sino que se dirige a satisfacer las necesidades materiales olvidando las necesidades de la cultura y el desarrollo integral del sujeto.

El capitalismo produce un mundo de alienación doble. Al burgués le priva del sentido del riesgo y la comunicación fraterna. Al proletariado le priva de los medios necesarios para llegar a ser hombre en plenitud. En ambos fomenta un universo de felicidad consumista, alcanzado por unos y anhelado por otros, que trastueca de raíz el orden de los valores.

Otra tiranía de la época es el *espiritualismo*. Reivindicar el espíritu era asumir el descrédito al que se veía sometido por cuenta del idealismo y la burguesía. El espiritualismo no trabaja en favor del espíritu, sino que lo niega, porque se aprovecha de su prestigio a la vez que castra toda su fuerza subversiva.

El espiritualismo confunde el espíritu con el *intimismo*, con aversión a la realidad candente. Hace del hombre un enfermo de lujo. El espiritualismo es el materialismo más refinado y obtuso, porque acaba ignorando que la materia es creación de Dios y signo de su presencia. Cuando Mounier habla de primacía de lo espiritual sabe muy bien que esta palabra huele a naftalina, y lo que es más: que el espíritu está domiciliado en la derecha, pero que reside en la izquierda.

El espíritu no sólo ha de ser disociado del espiritualismo, sino también del *desorden establecido*. Mounier y «Esprit» buscan a toda costa forzar la ruptura entre el cristianismo y la cultura burguesa. Hay que tener los ojos bien abiertos. Si la burguesía se presenta hoy como defensora de la religión no lo hace por amor a Dios, sino por defender su bolsillo. Cuando el burgués se sentía amenazado por la prohibición del lucro que la moral cristiana le imponía, no dudó en atacar al cristianismo, aliándose con el pueblo. Cuando es la fuerza del pueblo la que amenaza al burgués, éste no tiene empacho en defenderse detrás de un cristianismo manipulado y falseado. «El burgués —decía Mounier—, ayer con el pueblo y contra la religión. Hoy, con la religión y contra el pueblo: ¿dónde está el calvario en todo esto?»

Es en este campo donde «Esprit» ha rendido un servicio de lo más valioso a la cultura de su tiempo: lograr que una visión trascendente del hombre y de la historia no fuera asociada de forma automática con categorías reaccionarias. Espíritu y revolución a la vez. Y cuanto más espíritu, más revolución. En «Esprit» eran una piedra angular las palabras de San Pablo: «Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad.»

La actitud revolucionaria aparece como la más lógica y la más conforme con el ideal cristiano. Y, sin embargo, «Esprit» se opuso a los cristianos de izquierda, que publicaban una revista en cuya portada aparecían entrelazadas la cruz y la hoz y el martillo. Para «Esprit», el progresismo católico es un error paralelo al integrismo católico. Ambos confunden los órdenes espiritual y político. «Esprit» no se proponía de ninguna manera sustituir una teocracia de derechas por una de izquierdas.

Otra tiranía es la ligazón que se había establecido entre la revolución y el materialismo. El espíritu no es un éter individualista. Pero llegados a este punto, «Esprit» se separa radicalmente de la corriente marxista. Mounier denuncia en el materialismo una política de espera positiva, que confía la revolución a las solas fuerzas de producción económica. Y denuncia también en la cosmovisión materialista su *determinismo*, según el cual la historia *farà da sè*, marchará por sí misma, ignorando que hay un sujeto creador e imprevisible. Con palabras de Ernst Bloch, la historia no avanza por evolución, sino por saltos, donde la categoría de *lo nuevo* tiene un puesto de primera importancia. La revolución y la historia no pueden ser abandonadas a fuerzas exteriores a la humanidad. Es ella quien dirige su destino.

Revolución espiritual y material a la vez. Eliminar estructuras económicas y políticas injustas abre caminos al hombre. Pero no hay revolución material fecunda que no esté enraizada y orientada espiritualmente. Mounier y «Esprit» oponen un no rotundo a la revolución meramente material porque ésta degenera en una simple revolución por la abundancia, el confort y la seguridad: éstos conducen al ideal pequeñoburgués más que a la auténtica revolución espiritual. El fin del espíritu es el hombre, no el bienestar.

La *tiranía del comunismo*. El hechizo del comunismo fue grande en el momento en que se funda «Esprit», pero aún mucho mayor después de la II Guerra Mundial, puesto que el PCF logró presentarse como el alma y motor de la resistencia antinazi, el «partido de los fusilados», un partido bien disciplinado, con una fuerte capacidad para la acción, visto por obreros, estudiantes y jóvenes

como «eb» lugar natural de todo aquel que estuviera enfrentado a la sociedad y sus injusticias.

Mounier no se resistió a este «fuerte encanto». El Partido Socialista había ido perdiendo base popular para convertirse en un cómodo compañero de juego del parlamentarismo, un partido de notables, con fuertes ribetes pequeño-burgueses. Era claro que la verdadera izquierda radicaba en el comunismo. No podría haber una auténtica política de izquierdas sin contar con el PCF, pero tampoco era posible gobernar con él. En la práctica, los comunistas tendían a fagocitar todas las formaciones que se situaban a su lado. Aquí residió una de las chinias más gordas que «Esprit» llevó en sus zapatos. Imposibilidad de prescindir de los comunistas, imposibilidad de trabajar a su lado.

Mounier quiso evitar a toda costa caer en el anticomunismo, porque sabía qué cantidad de intereses vergonzosos se escondían en esta postura anti. Además, en la medida en que el PC vehiculaba las esperanzas de los proletarios, comprendía que descargar un golpe contra el PC era debilitar las fuerzas de la revolución. Aunque la revolución que propugnaba el PC era incompleta y desmochada, era mejor que ninguna. Ya vendría después la revolución personalista. En esto, Mounier caía en la misma ingenuidad de Marx cuando pensaba que Rusia debería salir primero del régimen semifeudal mediante una revolución burguesa para después realizar la revolución proletaria.

«Esprit» se alineó del lado de los comunistas en diversas batallas políticas del momento: Frente Popular de Francia, campaña contra la guerra de Etiopía, luchas anticoloniales, lucha por la paz después de la II Guerra Mundial. Sin embargo, también en la práctica hubo sus diferencias profundas. El PC era un dócil seguidor de las consignas dictadas desde Moscú y el dogma del estalinismo no se discutía en absoluto. Esta postura de fondo irritaba sobremanera a «Esprit» y a Mounier, dotados de un fuerte espíritu crítico. Pero además distintos hechos les fueron haciendo comprender los errores de una revolución que se había hecho *sin* el hombre y, en consecuencia, *contra* el hombre. El *affaire* Victor Serge (1933), el Proceso de Moscú (1937), la «xcomunión» del mariscal Tito (1950), llevaron a «Esprit» a una militancia en pro de la verdad que le hizo blanco de los ataques furibundos de los comunistas. Cuando Mounier muere, en 1950, ante su féretro, algunos miembros de «Esprit» reciben presiones de algunos comunistas asistentes para que abjuren de sus errores.

Aquí reside una de las razones de que el personalismo haya sufrido el menosprecio y el silencio de la izquierda. Los hombres de «Esprit» no acostumbraban a ser doctrinos dóciles de nadie.

Si en el terreno de la política «Esprit» colaboró ocasionalmente con los comunistas, en el campo de las ideas las cosas fueron completamente distintas. El marxismo mantiene una desconfianza insanable frente a la persona. Una revolución sin la persona acaba volviéndose contra ella. Una filosofía que parte de la materia como única realidad termina sofocando las estructuras del universo personal. ¿Por qué hablar de liberación si a la vez se mantiene un pesimismo frente a la persona?

Pero es en el terreno de la filosofía política donde más diverge Mounier de la línea de Marx. Se trata de la concepción del Estado y su relación con el individuo. «Esprit» es radicalmente opuesto a cualquier estatismo. El Estado debe

existir, pero su papel se debe reducir al mínimo. Donde las comunidades puedan cumplir su función, el Estado debe retirarse. La sociedad, formada por comunidades, es anterior al Estado.

Mounier encontró en la historia del movimiento anarquista una fuente de inspiración. En primer lugar, la desconfianza que el anarquismo opone a la «burocracia revolucionaria». La revolución no se hace automáticamente, está siempre en peligro de perderse, no se administra desde arriba. Dice Mounier: «A la mayor parte de las revoluciones les ha faltado iniciativa popular, y les ha faltado porque los partidos, por su disciplina estereotipada, la han ahogado en un pueblo que frecuentemente resulta tan admirable por su inteligencia... La base pierde la costumbre, después el gusto por la discusión y la iniciativa. Se remite a los órganos directivos, se aliena entre sus manos» (*Anarchie et personalisme*, «Esprit», abril de 1937).

Mounier criticará la revolución-panacea, la revolución-milagro. Una revolución que se limite a cambiar un régimen por otro pero dejando intacto al hombre no significa nada. «Cambiar el corazón de vuestro corazón», dirá Mounier que es la auténtica tarea revolucionaria. Con otras palabras suyas: «Hacer obra de revolucionario es aportar a nuestras relaciones presentes un poco de lo que deberán ser nuestras relaciones futuras...» «*Hacer es empezar a ser* lo que se quiere que mañana sea.»

Es perfectamente lógico que desde estos presupuestos el personalismo enlace con la gran tradición anarquista más que con el marxismo, tan hosco para el tema del hombre. El anarquismo poseía una virtud intrínsecamente pedagógica. Se trata de educar al hombre y no sólo de darle un voto. Proudhon desconfiaba del sufragio universal e insistía antes que nada en los problemas de la educación popular. La revolución, para los hombres de «Esprit», implicará siempre una pedagogía del hombre nuevo. La revolución está en preparar la revolución más que en lograrla.

Otro tema en el que Mounier se reconoce en la tradición anarquista es la regla personal de hacer acordes actos y palabras. Cuando Stalin se alía con Hitler para repartirse Polonia, Berdiaeff desentraña el sentido de aquel viraje sorprendentemente maquiavélico y dirá: «Todo está permitido (mentira, crueldad, traición, asesinato), pero permitido en nombre de una idea superior que representa finalmente la liberación y la fraternidad para el hombre. La mentira de la que hacen uso los dirigentes soviéticos es una mentira particular, dialéctica, representa un momento del proceso dialéctico, donde todo puede transformarse en su contrario» (*La Russie soviétique et la guerre mondiale*, «Esprit», 1940). El marxismo carece de un criterio rigurosamente ético. Es la revolución la que justifica cualquier acción que tienda hacia ella, sin reparar en medios, aunque se trate de someter a pueblos enteros. El anarquismo, en cambio, está más inclinado a poner al sujeto como criterio último de moralidad. Nunca los aparatos pueden predominar sobre el hombre. De aquí el que los personalistas admiren en el anarquismo «el desafío permanente lanzado a los abusos de poder, que terminan en dictadura y son consumados por las ideocracias» (Winock, M.: *Histoire politique de la revue «Esprit»*, p. 100).

Junto a esta admiración por el anarquismo, hay que decir que a Mounier no se le pasaron por alto sus flancos débiles y dirá: «Desde que el anarquismo siste-

matiza sus tesis, cae en el ridículo.» Pero es evidente que el anarquismo, entendido como tendencias directrices o utopías de orientación, es un buen ingrediente para el movimiento obrero y para la revolución personalista.

Finalmente, una tiranía a la que «Esprit» va a declarar la guerra permanente es el *fascismo*. La hostilidad que Mounier manifestaba al liberalismo tanto en su expresión política, el parlamentarismo, como en su versión económica, el capitalismo, resultaba peligrosa si se la unía a su reserva ante el comunismo. ¿No eran acaso éstos los enemigos frente a los que se alzaba el fascismo? Además, un somero repaso al vocabulario nos daría sorprendentes coincidencias entre las palabras usadas por la ideología fascista y el personalismo. Mounier sabía que este peligro de confusión era posible. Le urgía deslindarse del fascismo, incluso en tiempos en que éste no era aún una palabra tabú y sus realizaciones eran lo suficientemente ambiguas como para engañar al espíritu más crítico. Por eso realizó este desmarque con la palabra y con la acción. A nivel teórico dio buena cuenta del tema en *Los pseudo-valores espirituales del fascismo*, donde pone al descubierto la mentira que se esconde detrás de él, definiendo al fascismo como una reacción de defensa que abandona el liberalismo en favor de un capitalismo de Estado, pero dejando intacta su raíz: primacía del beneficio, fecundidad del dinero, poder de la oligarquía económica.

La mística del jefe que el fascismo desarrolla se basa en una previa abdicación de la voluntad de los pueblos. El espíritu queda reducido en el pensamiento fascista a una borrachera que se nutre de lo irracional de los individuos y los pueblos. La solidaridad dentro del Estado o la raza se queda en una camaradería y en la búsqueda de los éxitos económicos o deportivos, cuando no militaristas. El fascismo, en suma, despersonaliza al hombre porque le roba su realidad autónoma y anterior al Estado.

Con los hechos, «Esprit» dio pruebas inequívocas de lucha antifascista. Se opuso con firmeza a la aventura imperialista del fascismo italiano en Etiopía, se alineó con el Frente Popular francés y sostuvo la causa de la República española ante la opinión católica francesa. Cuando en el régimen de Vichy se aprueba el Estatuto contra los judíos, «Esprit» se manifiesta en contra y celebra las protestas estudiantiles por la exhibición de un filme antisemita.

4. Confesión de un desconcierto

Hasta aquí hemos delineado las tiranías de la época contra las que «Esprit» va a hacer la revolución permanente.

Mounier no tiene hoy audiencia en España. Las editoriales no tienen ningún interés en publicar sus obras. La editorial *Laiá*, que publicó el volumen I de sus obras completas, no ha tenido mayor preocupación en seguir con los tres volúmenes que quedaban.

A Mounier se le cita poco o nada, y de pasada, para adornar el párrafo con alguna de sus frases inspiradas. Muchos estudiantes de filosofía terminan la carrera sin saber quién es. Yo fui uno de ellos. Ni en el Seminario de Madrid, ni en la Facultad de Filosofía que está ahí enfrente oí hablar de él, o al menos no lo recuerdo, señal de que nadie me lo presentó como un pensador de importancia. Pero aquéllos eran otros tiempos: eran los años de la agonía del franquismo y la

izquierda empujaba a todo gas para ir ocupando posiciones en todos los sectores, incluido el del pensamiento. Eran los tiempos de Hegel y de Marx a todo trapo.

¿A qué se debe esta situación? En primer lugar, creo que se debe a que Mounier y «Esprit» resultan *inclasificables* desde muchos puntos de vista. «Esprit» es una revista hecha en su mayor parte por católicos y, sin embargo, no es una revista católica, sino plural. En ella escriben protestantes, ortodoxos y ateos. Es una revista que recoge las preocupaciones y opiniones más de vanguardia. En ella, por ejemplo, publica alguna pieza teatral un oscuro refugiado rumano, absolutamente desconocido en Francia: Eugenio Ionesco. Y, sin embargo, no hay en ella tics de progresismo, de mirar por encima del hombro a los que están detrás. Sus análisis sobre temas como el entendimiento Hitler-Stalin o la situación colonial francesa en el norte de África resultan proféticos y la realidad de los hechos confirmaría la perspicacia y el rigor de método que sus hombres gastaban. Y es difícil encontrar trazas de autosuficiencia en una revista que, militando contra el fascismo, se hace presente en el congreso franco-italiano de intelectuales celebrado bajo el patrocinio fascista. Mounier quería conocer *in situ* la realidad del fascismo y decir claramente su opinión a lo más granado de la intelectualidad del fascio. Asimismo, «Esprit» organiza viajes colectivos a la Unión Soviética para no opinar de oídas sobre los logros de la revolución rusa. Su militancia frente al fascismo no le impidió denunciar las trampas que acechaban a un antifascismo barato. Su apuesta por los valores del espíritu tampoco le impidió apoyar iniciativas comunistas y negarse a hacer anticomunismo.

Finalmente, «Esprit» fue una revista que rozó terrenos enormemente resbaladizos del campo católico y exigió una gran dosis de autonomía política para los católicos. Piénsese que estamos en 1932: ¿a qué les sonaría a los católicos, indoctrinados en Francia por la ultraderechista Acción Francesa, expresiones como «revolución permanente», «ruptura del cristianismo con el desorden establecido», «el espíritu puesto al servicio de la revolución», etc.? Pues bien: a pesar de estas audacias, «Esprit» no se dejó enredar en las facilidades de un anticlericalismo barato.

Aquí, dicho sea de paso, se dejar ver detrás de la revista la figura de Mounier, que, teniendo unas opiniones y una militancia cultural tan por delante del común de los católicos y cristianos de su época, sin embargo se sintió y quiso mantenerse en comunión con su Iglesia. Todo lo contrario de los tiempos que corren, cuando gentes que han navegado y arriesgado bastante menos encuentran enseguida ocasión para denostar *opportune et importune* a la Iglesia a la que dicen pertenecer. El anticlericalismo es hoy aderezo imprescindible para entrar en el baile de la progresía.

Sé que es un recurso fácil acudir al carácter de *inclasificable*, de fuera de esquema, para resaltar lo genial y a la vez lo incomprendido de un personaje o personajillo. Pero en el caso de Mounier es realmente así. No hace falta apurar las paradojas para comprobar que, en efecto, estamos ante un fenómeno desconcertante y molesto. Mounier fue un hombre que evolucionó y que se equivocó en ocasiones. Pero es un hombre que mantiene una coherencia. Y su coherencia ofrece motivo de disgusto para todas las posturas:

Para el integrista y para el progresista.

Para el que vive ensimismado, retirado del mundanal ruido, y para el que se vacía en un activismo desahogado.

Para el que desprecia la inteligencia en favor de la acción y para el que denosta la acción en favor de la inteligencia.

Para el marxista y para el fascista.

Para el burgués y para el proletario.

Para el ateo y para el creyente.

Para el que sufre sin haber descubierto la vida y para el que vive sin saber lo que es sufrir.

Decididamente, Mounier desconcierta. Y a este desconcierto hay que unir su propósito de *no ser sólo un filósofo*, un señor que traza líneas de pensamiento con una geometría intachable. Seguramente lo podría haber sido. Sacó el segundo puesto en unas oposiciones a cátedra en las que Sartre fue suspendido y Raymond Aron el número uno, cátedra a la que renunció para dedicarse de alma y cuerpo a «Esprit». Y aunque murió a los cuarenta y cuatro años, nos ha dejado obras que contienen un conocimiento profundo de autores y corrientes tanto clásicas como contemporáneas.

No quiso hacer del personalismo un sistema, porque la piedra angular de su universo, la persona, es imposible de sistematizar. Descubrió que el acontecimiento había de ser el maestro interior del personalismo. Su pensamiento fue pasando de una etapa doctrinaria y teórica a unos compromisos con los acontecimientos de su época. El destino del personalismo fue, desde entonces, el choque inevitable.

Su primer choque fue con medios de derecha, asustados de que un creyente planteara críticas tan frontales al sistema que les cobijaba. Y que además lo hiciera sin ocultar su condición de creyente y sin renunciar un ápice a su fe. Mounier no quiso convertirse en un hereje. Un hereje es fácilmente asimilable, porque deja al descubierto su fallo. Es cómodo incluso para emplearle cuando se quieren hacer pinitos. Desde la Iglesia, los hombres más inquietantes no han sido los que han querido cambiar el evangelio, sino los que se han puesto sencillamente a vivirlo. El hecho de que Mounier no renegara de ciertos postulados de la derecha, como pueden ser el tema de la transcendencia, la libertad, el espíritu y la fidelidad, entre otros, es lo que hace de Mounier un individuo profundamente molesto.

No menos violento fue el choque con la izquierda dogmática. Por las mismas razones que acabamos de decir, Mounier no quiso ser un hereje de izquierdas. Si hubiera permitido dudar del movimiento obrero o renegar de la revolución, si hubiera quitado importancia a la necesidad de cambiar las estructuras para que surja el hombre nuevo, si hubiera hecho un anticomunismo barato, la izquierda habría respirado tranquila viendo, al fin, una vez más, al joven idealista que, cuando encuentra acomodo, termina pactando con el dinero, el clero y la cátedra. Aquí reside el malestar de la izquierda hacia Mounier. Un malestar que queda reflejado en la insólita llamada que Maurice Thorez, secretario general del PCF, le hace nada menos que en un congreso nacional del partido, diciendo: «Más allá de la conferencia, yo querría dirigirme a hombres como Emmanuel Mounier y Claude Bourdet, que se niegan a zozobrar en el anticomunismo y en el antisovietismo; pero nos juzgan a veces de manera errónea (...). Pedidnos mu-

chas cosas. Estamos dispuestos a muchas concesiones. Ya lo hemos demostrado, no tenemos vano amor propio. Una sola cosa, sin embargo, es imposible: no nos pidáis no ser comunistas...» A Thorez le podríamos preguntar nosotros: ¿cómo es posible que Mounier se negara a ser anticomunista y a la vez pidiese a los comunistas que dejaran de serlo? Sin quererlo, Thorez ha dejado para nuestra generación la clave más cierta para interpretar la persona y la obra de Mounier. A un hereje de izquierdas se le hubiera despachado con otras palabras.

Mounier era demasiado grande para su generación. Precursor a la vez del Concilio Vaticano II y del socialismo con rostro humano, era inevitable que resultase incómodo para la posteridad. Su herencia habría de ser dividida necesariamente: unos espigan en él páginas que engordan el espiritualismo más rastro, otros silencian el eje de su lucha, la persona de factura irrepitible y comunitaria a la vez.

5. Por qué un Instituto Mounier hoy

Y a estas alturas de nuestra reflexión convendría preguntarnos: ¿no dijo Mounier demasiadas veces *no* a demasiadas cosas? No a la derecha, no a la izquierda, no al centro; no al espíritu desencarnado, no a la carne desalmada; no al parlamentarismo, no a la estatalización; no al individuo, no a la masa, y así podríamos seguir un buen rato.

¿No es ésta una herencia demasiado hipotecada, demasiado paradójica? ¿No es acaso el pensamiento de Mounier un producto adolescente hecho de rechazos, que se afirma sólo dando nones a diestro y siniestro?

Recoger hoy la herencia de Mounier es asumir un descrédito, es apuntarse a una anti-moda. Ese descrédito tiene nombre y se llama *persona humana*.

Está de moda, y se lleva bien, el traje de la *estructura*, que en definitiva se resuelve en echar las culpas a una instancia ajena al sujeto, cuanto más alejada de él mejor, porque así es más difícil comprobar que quizá el sujeto tiene parte en la culpa que proyecta fuera de él. Aquí, el personalismo habla de algo tan simple como *responsabilidad* subjetiva y objetiva, de mí y de los demás, pero nunca sólo mía ni sólo de los demás. Aunque la situación negativa desapareciera, aunque la estructura acertara a cambiar lo negro en blanco, al sujeto le habríamos hecho un robo: le habríamos quitado la posibilidad de ser agente de transformación y de cambio, empezando por el cambio más radical, que consiste en «cambiar el corazón del propio corazón». Marx decía que la alienación del trabajador reside en que le es alienado el producto de su trabajo. ¿Qué pasará el día en que para solucionar un conflicto o una injusticia baste con meter en la computadora estatal los datos objetivos y la computadora nos cante con voz metálica la solución? Habremos quitado de las manos del hombre el producto más alto de su trabajo: el hacerse a sí mismo hombre al ir transformando el mundo.

Está de moda, y se lleva bien, el traje del *individualismo*. Mientras la estructura cambia, y va para largo la cosa, yo me monto mi rollo a mi aire y ya vivir, que son dos días! Mientras Felipe González crea los 800.000 puestos de trabajo, que no los creará, yo me subo al tren del consumo, porque también «uno» (observen cómo aquí la astucia del lenguaje acude al pronombre impersonal; resul-

ta demasiado duro decir «yo»), también «uno» tiene derecho a disfrutar. Aquí el personalismo habla de *solidaridad* desde abajo.

Está de moda, y se lleva bien, el traje de *jugar a ser víctimas* de todo, mientras vamos dando rabotazos a diestro y siniestro sembrando de heridos y muertos a nuestro alrededor: la esposa engañada, el hijo con el que no se quiso dialogar porque había en la «tele» un programa muy interesante, la zancadilla al compañero de trabajo, el despelleje del vecino, el ligue empezado sin más objetivos que pasar un rato. Aquí el personalismo habla de *fidelidad* y de *saberse reconocer culpables*.

Está de gran moda el traje del *pacifismo*. Y yo pregunto, con Mounier: ¿es este pacifismo miedo a derramar la sangre propia o respeto a la sangre de los demás? Es de buen tono lamentarse de la proliferación de misiles leyendo las estadísticas de posibles víctimas de un ataque nuclear mientras se está haciendo anémica la vida ajena con el pasotismo, la indefinición ante los valores cotidianos, el vacío de generosidad y de fidelidades. Aquí el personalismo habla de *paz valiente* y no de miedo cobarde a entregar la vida.

Está de moda la cultura del *cursillito*, que consiste en producir y divulgar ideas y expresiones que no enfrentan al hombre con las cuestiones por las que merece la pena vivir y morir, luchar y arrepentirse. Viste lo cheli, lo naïf, el naturalismo, la dieta y la gimnasia por la «tele», el hágaselo usted mismo. Aquí el personalismo habla de *cultura* que no se aprende en diez días, sino que se conquista como un país ignoto y difícil.

Está de moda un antipersonalismo ramplón y desencantado que hace mofa de cualquier palabra seria, aunque sea dicha sin ningún ánimo de encandilar. Se confunde lo serio con lo cursi y lo jocoso con lo chabacano.

Ante estas modas, está claro que hay que cortar un traje nuevo. Amigo Mounier, préstanos unas tijeras para cortar un traje en cuyos bolsillos tengan cabida los enfermos, los parados, los ancianos, los niños que vinieron por descuido, los disminuidos, los que ya no saludan al sol de cada día como una caricia y un regalo, sino como un agobio insoportable.

Mounier es la culminación de las utopías del XIX: trabajo, clase obrera como sujeto ético de la historia, futuro, sentido de la vida. No pudo sospechar nunca el descrédito en que habría de caer la política y el Partido Comunista, el aburguesamiento del proletariado, el fantasma del paro, la nueva tecnología, la secularización como pérdida absoluta de sentido para esta vida y para la otra.

El rehacer el Renacimiento es algo que la posmodernidad no está dispuesta a aceptar. ¿Cuál es la metafísica que ha de dar sentido a la opción vital? ¿Cuál es la ética como metafísica operativa? Estas son las cuestiones por las que nace el Instituto Emmanuel Mounier. Cuestiones que no tienen fácil solución, y que nos introducen un cierto malestar en el cuerpo. Pero una vez más hemos de decir con Mounier: «Reconocemos entre los nuestros a los que no sucumben a la tentación del bienestar.»